

 Seix Barral

Edición conmemorativa
40.º
aniversario
1984-2024

Manuel Mujica Lainez

Bomarzo

Prólogo de Mariana Enriquez





Seix Barral Biblioteca Breve

Manuel Mujica Lainez

Bomarzo

Prólogo de Mariana Enriquez

© Herederos de Manuel Mujica Lainez
© por el prólogo, Mariana Enriquez, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 1983, 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-322-4330-1
Depósito legal: B. 1.156-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

I EL HORÓSCOPO

Sandro Benedetto, físico y astrólogo de mi pariente el ilustre Nicolás Orsini, condotiero a quien, después de su muerte, compararon con los héroes de la *Ilíada*, trazó mi horóscopo el 6 de marzo de 1512, día en que nací a las dos de la mañana, en Roma. Treinta y siete años antes, el mismo 6 de marzo pero de 1475, a las mismas dos de la mañana, había visto la inquieta luz del mundo, en una aldea etrusca, Miguel Ángel Buonarroti. La concordancia no fue más allá de un fortuito coincidir de horas y de fechas. En verdad, los astros que presidieron nuestras respectivas apariciones en el ajedrez de la vida, dispusieron sus piezas en el tablero para muy distintas jugadas. Cuando nació Buonarroti, Mercurio y Venus ascendían, triunfales, desnudos, hacia el trono de Júpiter. Era el baile del cielo, la contradanza mitológica que recibe a los creadores casi divinos. La gloria aguardaba al que abría los ojos bajo ese esplendor que transformaba al firmamento en un salón encendido, todo candelabros, entre los cuales flotaban, transparentes, pausados y ceremoniosos, los dioses elevados en el centelleo del aire. En cambio cuando yo nací, Sandro Benedetto señaló importantes contradicciones en la cartografía de mi existencia. Es cierto que el Sol en signo de agua, reforzado con mi buen aspecto ante la Luna, me confería poderes ocultos y la visión del más allá, con vocación para la astrología y la metafísica. Es cierto que Marte, regente primitivo, y Venus, ocasional, de la Casa VIII, la de la Muerte, estaban instalados, de acuerdo con lo que Benedetto subrayó insistentemente, en la Casa de la Vida y anulados para la muerte y que en buen

aspecto con el Sol y la Luna, parecían otorgarme una vida ilimitada —cosa que extrañó a cuantos vieron el decorado manuscrito— y que Venus, bien situada frente a los luminares, indicaba facilidad para las invenciones artísticas sutiles. Pero también es tremendamente cierto que el maléfico Saturno, agresivamente ubicado, me presagiaba desgracias infinitas, sin que Júpiter, a quien inutilizaba la ingrata disposición planetaria, lograra neutralizar aquellas anunciadas desventuras. Lo que sorprendió sobremanera al físico Benedetto y a cuantos, enterados de estas cosas graves, vieron el horóscopo, fue, como ya he dicho, el misterio resultante de la falta de término de la vida —de mi vida— que se deducía de la abolición de Venus y de Marte frente a la necesidad lógica de la muerte y, consecuentemente, la supuesta y absurda proyección de mi existencia a lo largo de un espacio sin límites. Sé que algunos expertos criticaron el prolijo trabajo de Benedetto, cuyos hermosos signos y figuras hice copiar al fresco, medio siglo más tarde, en una habitación principal del castillo de Bomarzo, y que adujeron que ese planteo era imposible, pero la sabiduría de su autor, tantas veces demostrada, cerró sus bocas refunfuñantes.

Mi padre, condotiero también y famoso, reverenciaba mucho la memoria de su tío, el gran Nicolás Orsini, que había combatido equitativa e indiferentemente, según los términos de los contratos que firmó con las distintas administraciones públicas de Italia, ya en favor ya en contra de los aragoneses, ya en favor ya en contra de los venecianos, y que entre una batalla y otra, cuando hubiera debido descansar y tomar aguas, había tenido tiempo para matar a su madrastra Penélope y a su hermano bastardo, por razones íntimas largas de referir. Esa justa supresión personal de parientes infames había contribuido al respeto que por él sentía mi padre, quien además, como hombre del oficio, admiraba profesionalmente la eficacia mercantil y guerrera de sus hazañas. Por ello, aun siendo de carácter brusco y malhumorado, mi padre, Gian Corrado Orsini, recibió con noble cortesía el horóscopo de Sandro Benedetto, el astrólogo a quien Nicolás consultaba siempre. Lo evidente es que ese horóscopo no le importaba en absoluto. No le importaba que yo hubiera nacido el mismo día que Miguel Ángel Buonarroti; que mi horóscopo fuera más extraño que el del maestro; más extraño y rico también que los del emperador Augusto, Carlos Quinto y el futuro

gran duque Cosme, quienes contaban con la singularidad del Capricornio ascendente, muy apreciada por los especialistas. Simuló una urbanidad discreta y no pasó de ahí, porque compartía al respecto la incredulidad irónica de Pico della Mirandola, a quien había conocido, de muchacho, en la corte del Magnífico. Pico della Mirandola, autor de las *Disputationes adversus astrologiam divinatricem*, tenía más fe en los pronósticos de los aldeanos con referencia al tiempo —los aldeanos que anuncian que se va a desencadenar una tormenta porque las moscas importunan a un asno— que en los informes de los astrólogos oficiales. Mi padre también. Cinco años antes había nacido mi hermano mayor, Girolamo, el que debería sucederlo como duque de Bomarzo. De tratarse de él, del primogénito, mi padre sí se hubiera interesado en el trabajo de Benedetto, a pesar de su escepticismo, y hubiera formulado cien preguntas y hubiera dado cien vueltas a la cuestión de la profecía, pero se trataba de mí, de Pier Francesco, y yo representaba muy poco para la familia y para el orgulloso egoísmo paternal. Mi madre, que como él pertenecía a la casa de los Orsini, pero a la rama de Monterotondo, murió al año siguiente, cuando nació Maerbale, el tercero y último de sus vástagos, de modo que mi padre quedó viudo por segunda vez —había sido casado en primeras nupcias con una hija del conde del Anguillara— y ya no volvió a contraer matrimonio.

Vine al mundo en tiempos de violencia. Ese año de 1512, el viejo Julio II, el papa terrible, infatigable, que, a pesar, del mal gálico y la gota que lo retorcían, arrastraba a cardenales, a príncipes y a jefes en cabalgatas furiosas, y que vivía entre soldados, mugrienta de sangre y lodo la piel de carnero que llevaba sobre la coraza, cambió las armas de la guerra por las de la astucia y fingió estar muerto, con un ardid de zorro que pasa de la rigidez al mordisco, para atraer a la trampa de Roma a los prelados hostiles que, obedeciendo a la política extranjera, se habían reunido en concilio, en Pisa. Cuando los tuvo en su poder, los aterrorizó y los redujo a obediencia. Ese año falleció Pandolfo Petrucci, déspota de Siena, sin que nadie lo llorara, porque su vida estaba atestada de crímenes. Después de un largo interregno republicano, los Médicis volvieron a Florencia, también ese año, con sus dos futuros papas y

sus dos duques anodinos y apuestos, el *Pensieroso* y su tío, que se contemplan eternamente en los sepulcros de Miguel Ángel, y Maquiavelo, a regañadientes, se retiró a meditar sobre las décadas de Tito Livio y a planear su retrato del Príncipe, breviario de sabia perfidia. Ese año ascendió al trono el sultán Selim I, el poeta parricida que asesinó a su familia entera y vivió para guerrear. Y Europa se erizó de pánico. El más insigne de los antepasados del pobre Toulouse-Lautrec (quien heredó, si no su porte, su despectiva audacia señorial), Odet de Foix, vizconde de Lautrec, en cuyas filas se batió mi padre, fue herido peligrosamente en Rávena, ese año. Ese año murió Gastón de Foix, un muchacho sobrino de Luis XII, con quince tajos en el rostro, y el rey perdió Italia. Toda Italia resonaba y chisporroteaba con el fragor de las chocadas armaduras. Y ese año empezó a mostrar las uñas Alejandro Farnese, el que sería Pablo III, quien recibió las órdenes de diácono. Pero también ese año, seis meses después de mi nacimiento, Miguel Ángel Buonarroti hizo quitar los andamios que ceñían como diques de trabado maderamen las pinturas de la Capilla Sixtina; descendió, semejante a un ermitaño profeta que sale de su largo encierro, y la creación del mundo se reveló, potente, gloriosa, voluptuosa, intimidante, en un apasionado entrelazamiento de músculos ágiles y jóvenes, ante el estupor de la corte pontifical que acudía de los campos de batalla, estremecida por la constante presencia de la muerte y del rencor en los campamentos militares, para ver, allá arriba, arriba, arriba, sobre los perfiles torcidos, sobre el dolor de las nuca, sobre el jadeo de las respiraciones y el trémulo silencio, algo que parecía, en su robusta confusión, un mar multicolor de espumas pronto a precipitarse, gritando, bramando, libre de los diques y del mago de nariz rota que lo inmovilizaban, sobre la Italia frenética, huérfana de Dios.

Paradójicamente, mientras la península se debatía en luchas tan cruentas como inútiles, mi belicosa familia inauguraba una era de sosiego. El papa Julio II había obtenido, en 1511, lo que no consiguieron sus santos antecesores; la Pax Romana —así se la llamó— entre las enemigas estirpes de Orsini y Colonna, tan enlazadas por numerosos casamientos, al dar la mano de una sobrina suya a Gian Giordano Orsini, y la de otra sobrina a un Colonna, y al instituir

el cargo de asistente al solio, por turno, a favor de un Colonna y de un Orsini, como únicos representantes de la nobleza. Se acuñó entonces una medalla curiosa que muestra la clara alegoría de un oso abrazado a una columna. Los osos de los Orsini y las columnas de los Colonna se reunían por fin. Mi abuelo materno, Franciotto, el cardenal, fue uno de los firmantes de esa paz memorable, a raíz de la cual los tumultuosos patricios romanos que invadían las capillas del Vicario de Cristo, durante las grandes ceremonias eclesásticas, empujando con soberbia feudal a los príncipes de la Iglesia y pisoteando con el calzado de hierro los mantos de púrpura, para ocupar los sitios principales del presbiterio y dirigir desde allí, juntas las manos orantes y pegados los labios desdeñosos, miradas altaneras a los fieles, debieron retroceder y agruparse detrás de una balaustrada, pues sólo un Orsini y un Colonna, alternativamente, pudieron exhibir su marcial arrogancia en el privilegiado lugar. Satisfechos de ese modo, los rivales se tranquilizaron, mientras que los demás apretaban los puños, y las antiguas querellas que habían convocado en pos de nuestras banderas flameantes a los Frangipani, los Tebaldeschi, los Alberini y los Annibaldi della Molara, al tiempo que los Colonna acaudillaban con sus gritos de guerra a los Conti, los Cesarini, los Margani, los Corraduci, los Porcari y los Capocci, y que habían manchado de sangre las calles de las ciudades y las rocas de los castillos, cedieron milagrosamente, ya que el oso ancestral de los *editus Ursae* y de los *filiis Ursis* (como nos complacíamos en apodarnos) abrazaba a la heráldica columna... quizás, vaya uno a saber, refrenando los íntimos deseos de derribarla, y lo hacía con el mismo entusiasmo perdonavidas con que Fabrizio Colonna y Julio Orsini se estrechaban y palmeaban públicamente y sepultaban en las hogueras del pasado las luchas de gibelinos y de güelfos.

Dos siglos antes se había buscado una armonía similar sin conseguirla, cuando Napoleón Orsini y Stefano Colonna, jóvenes y ardientes, participaron en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli del extraño rito en el curso del cual veintiocho señores prepararon para ellos, en medio de la nave, un baño sembrado de pétalos de rosas y dos perfumados lechos en los que los nuevos caballeros descansaron la noche entera, para, a la mañana siguiente, iniciar las fiestas y torneos con los que el pueblo creyó que la paz se había

establecido entre sus jefes iracundos. La esperanza duró poco entonces, pero ahora sí, aparentemente, se había alcanzado la ansiada concordia, y ello acontecía en momentos en que yo llegaba al mundo, en Roma —y por eso el poeta Betussi cantó más tarde con lírica exageración cortesana, dándole bastante gusto a mi hambrienta vanidad, que el Tíber podía jactarse de que yo hubiera nacido en la proximidad de sus riberas—, cerca de la iglesia de Santa Maria in Traspontina donde me bautizaron.

Quedaba ese templo a pocos pasos de nuestro palacio, un palacio oscuro, triste, con salas como mazmorras, tendidas de tapices sombríos en los que apenas se adivinaban las figuras hieráticas, y que no existe ya, pues en 1528, cuando Roma fue saqueada por los españoles y muchas familias preclaras la abandonaron, refugiándose en sus villas y castillos (parte de los Orsini se radicó a la sazón en Viterbo), los míos se establecieron en Bomarzo. Bomarzo ha sido siempre mi casa. No reconozco otra. Por lo demás, el barrio apeñuscado entre el Castel Sant'Angelo y el Vaticano donde nuestro palacio se alzaba, fue pronto uno de los más pobres y deshabitados de Roma. Nuestra morada —a diferencia del Palacio Torlonia que perteneció a León X, y del de los Caballeros del Santo Sepulcro, propiedad del cardenal della Rovere, que permanecen todavía en la vecindad— se transformó con el andar del tiempo y perdió toda traza de grandeza, hasta que sus últimos restos anónimos desaparecieron en 1937, al ordenar Benito Mussolini la apertura de la Via della Conciliazione que da perspectiva a San Pedro, demoliendo, entre el Borgo Nuevo y el Borgo Viejo, la estrecha Spina di Borgo. Mentiría si dijera que lamento esa desaparición. Mi casa, mi casa maravillosa fue Bomarzo. Los recuerdos que conservo del palacio de Roma se circunscriben todavía a unas salas húmedas que ninguna chimenea, por enorme y crepitante que fuese, se atrevía a calentar; a unas angostas ventanas por las cuales se colaba el viento, haciendo tiritar los paños y animando para mi angustia supersticiosa sus escenas fantasmales, como si se desarrollaran allí y esos seres y monstruos fueran lo único viviente del caserón; a unas armas vetustas y unos desgarrados pendones colgados de los muros, bajo los cuales pasaba y repasaba, entre el fulgor de los leños, como un espectro más, la sombra temida de mi padre; y a unos corrodo-

res helados por los que mis dos hermanos, Girolamo y Maerbale, me perseguían y hostigaban con picas y estoques amarillos de herrumbre, gruñendo como lobos.

Algo hay, sin embargo, que debiera reconciliarme con el espanto de esas memorias, cuya evocación todavía hoy me intimida —y eso que han transcurrido años y años y años desde que dejé para siempre aquellos aposentos malditos—, y es el recuerdo de mi abuela.

Mi abuela paterna se llamaba Diana Orsini y era viuda de su tío. Lo mismo que no reconozco más casa que Bomarzo, no reconozco en mis venas más sangre que la de Orsini, fuera del aporte de los Colonna que, guerreando incansablemente en mi interior con sus seculares antagonistas, habrá contribuido sin duda a mi desequilibrio. Esos Orsini mezclados con los Colonna en mi cuerpo, citados en mi cuerpo al que tironearon y torturaron con invisibles manos remotas, dieron en las secretas galerías de mi interior, sin que se percatara nadie, sin que nadie más que yo sintiera y sufriera su desatada lucha, atroces batallas. A veces pienso que si sufrí por las irregularidades que traje al mundo —me cuesta emplear la palabra deformidad— ello se debió a ese entrevero en que predominó con insistencia desproporcionada el afluir de una sangre (la de mi abuelo Girolamo Orsini; la de mi abuela Diana Orsini, hija de Orso Orsini, señor de Bomarzo; la de mi abuelo, el cardenal Franciotto Orsini) en las vías que recorrían mi carne débil, y pienso que si mis hermanos se salvaron del estigma fue porque un hado extravagante y cruel, entrevisto por Sandro Benedetto al dibujar mi horóscopo, me designó, no obstante lo que mi destino incomparable puede entrañar de victorioso, para recoger y sobrellevar destructoras herencias no compartidas. De cualquier manera, a pesar de la participación mínima de los Colonna, he sido un Orsini puro, demasiado puro, y por serlo traje conmigo el anatema que acosa a los linajes cuyo engreimiento faraónico los hace sentirse un poco divinos y que rondan, con una ilusoria inquietud olímpica, entre religiosa y fatua, alrededor de los sucedáneos del incesto que en realidad consideran como la única forma capaz de perpetuarlos dignamente.

De no haber sido mi abuela Diana como fue, creo que yo no

hubiera sobrevivido a los años de mi infancia. En medio de mis amargas y resentimientos, su belleza estupenda que no ajaba la mucha edad, y el fervoroso cariño con el cual me envolvió, resplandecen y alumbran mi niñez. Ninguno me ha querido tanto, ni me ha dado una prueba tan honda de amor como la que referiré más adelante y que, si bien muestra un aspecto inesperado de dureza, terriblemente frío, con relación a mi hermano Girolamo a quien detestaba —como la detestaba él a ella, como lo detestaba yo a él—, afirma su solidaridad conmigo y su afán incommovible de sacrificar a quien fuera, llegada la ocasión, en favor de su nieto Pier Francesco Orsini.

La veo, intacta, luminosa, transparente, en la distancia inmensa del tiempo, cruzar las salas del palacio romano, conjurando con su aparición a los duendes y a los vampiros que lo habitaban. La veo, inclinada en las terrazas de Bomarzo, bajo un quitasol redondo, o avanzando por el jardín italiano de la villa, entre los canteros geométricos, tan radiante que sus ojos azules brillaban más que las alhajas de sus manos y de su seno, y que su piel, adivinada bajo el velo con el cual se protegía del aire, parecía esparcir a su paso una suave claridad, como si toda ella fuera una lámpara de alabastro encendido. Cuando Benvenuto Cellini me contó que al salir de la cárcel del Castel Sant'Angelo poseía una aureola que le rodeaba la cabeza y que podía enseñar a voluntad a sus amigos, pensé de inmediato en mi abuela. Su imagen es inseparable de la idea de luz, de irradiación. Se llamaba Diana, y como Diana tenía el porte majestuoso. Caminaba como si se deslizara. Descendía las escalinatas, en Bomarzo, acompañada por las mujeres que la servían, en el opulento crujir de sus largos ropajes que recordaban las modas arcaicas de Lorenzo el Magnífico, trémulas en la garganta las perlas familiares, y era como si Diana Artemisa, la de los ademanes seguros y el firme andar —una Diana muy vieja y muy joven— se aprestara a partir para una cacería entre sus ninfas asombradas. Fue ella quien me narró, en las veladas de Bomarzo, las historias de mi stirpe; ella quien me inculcó el orgullo de raza que me estimuló a través de las vicisitudes; ella, ella en verdad —ella y el secreto inexorable que compartimos—, quien me hizo duque de Bomarzo; ella quien alivió la aflicción que mi físico me causaba y quien me alentó a seguir adelante por el camino, por la selva oscura.

Mi niñez romana y campesina y, luego de mi regreso de Florencia, el corto tiempo en que gocé del cariño y de la piedad de mi abuela, en el refugio de Bomarzo, se poblaron de las figuras dinásticas que ella invocaba. No hubo entonces historiador ni archivero que dominara como mi abuela Diana la crónica de nuestra familia, y se consagró a transmitírmela, desde que yo era muy pequeño, lo mismo las paladinas proezas que los bárbaros crímenes, proponiéndose de ese modo —cuando fui mayor me percaté de ello— robustecer mi flaqueza con modelos gloriosos y trágicos que me caldearían como vinos de cepa antiquísima y me impulsarían a enfrentar los laberintos de la existencia con el denuedo viril propio de mi casta, insuflándome eficazmente, más allá de la moral y de los convencionalismos que reverenciamos, una invulnerabilidad que resultaba de la certidumbre de que, al cumplir la hazaña excelsa o al ejecutar el obligado delito violento, yo tendría siempre razón, pues me bastaba recurrir en la memoria al rico anecdotario de mi prosapia, para hallar un antecedente oportuno que corroboraría y justificaría mi actitud si lo necesitase. Tan original método pedagógico modeló curiosamente mi personalidad. No hay que olvidar, por supuesto —me gustaría vindicar a mi adorada abuela—, que las bases sobre las cuales se asentaba la conducta en aquella época eran muy distintas de las de hoy, y que lo que hoy es condenable no lo era en el siglo XVI. Así, por ejemplo, mi padre, mis abuelos y mis bisabuelos habían sido condotieros. Los condotieros comerciaban con la guerra como otros comercian con el trigo. Se emplumaban como faisanes, se cubrían con armaduras forjadas por exquisitos orfebres, pero eran eso, ni más ni menos, hábiles comerciantes de la guerra que alquilaban su mercadería militar al mejor postor. Ningún ideal patriótico los guiaba en sus acciones y, según se moviera la balanza política de la demanda y la oferta, no tenían inconveniente en cambiar de aliados, en plena campaña, de acuerdo con sus pecuniarios intereses. Y no se crea que hablo de esta suerte por odio a mi padre: las cosas estaban así establecidas y a nadie se le hubiera ocurrido modificarlas, aunque numerosas ciudades arrosaron las consecuencias de ese régimen incierto. Venecia no halló procedimiento más adecuado, para salvaguardarse de las traiciones, que contratar los servicios de muchos condotieros, calculando que eso entorpecería el engaño y la desertión, y facilitaría, a través

de las delaciones, su hallazgo a tiempo. Ya he dicho que Nicolás Orsini, conde de Pitigliano, secundó alternativamente a aragoneses y venecianos en filas opuestas. Mi padre, Gian Corrado, tuvo contactos con Brescia y con el Friul; se halló junto a los Médicis, en 1478, en momentos de la conjuración de los Pazzi; siguió a Bartolomé d'Alviano, cuando auxilió a Pisa; participó de la derrota infligida por Bentivoglio; custodió a Monopoli, en Puglia, en 1528, al lado de Lautrec, por encargo de Venecia. Fue valiente y astuto. Supo hacer sus contratos. Iba de acá para allá, con sus hombres espejeantes de sudor y de acero, negros escarabajos heroicos, por los caminos de Italia, dejando las vías imperiales para tomar senderos tortuosos que lo conducían, súbita e inesperadamente, frente a las poblaciones asediadas. Por eso lo he visto tan poco. Era raro que estuviera en Roma o en Bomarzo. Más de una vez, en la alta noche, cuando la bruma envolvía a la acrópolis feudal de Bomarzo, me he empinado en mi lecho para atisbar, por la entreabierta ventana, hacia las rutas de Orte o de Viterbo, su retorno sobrecogedor entre el llamear desmelenado de las antorchas, con ruido de caballerías, de arneses y de hierros y broncas voces de mando que resonaban en la soledad de la campiña, sobre el murmullo de los arroyos, y que insinuaban, a la distancia, en las casas esparcidas, unas luces timoratas que anunciaban que el señor volvía de la guerra.

Los cuentos de mi abuela Diana que me fascinaban más hondamente eran los que aludían a los orígenes de mi clan. Me encantaban sobre todo los que, remontando los ríos de la sangre, alcanzaban, en larga navegación, al instante mágico en que surgía el tótem primordial, la Osa nodriza a la cual debemos nuestro nombre, y en el que la mitología, enlazando genealógicamente a hombres y bestias, nos vinculaba con las leyendas de los dioses, y hacía de nosotros, en cierto modo, por esa alianza inicial con las fuerzas oscuras de la naturaleza, unos dioses también, consanguíneos de las fieras fabulosas que habían reinado en el mundo cuando el hombre quebradizo se escondía de los monstruos gigantes e implacables y sólo las divinidades se atrevían a enfrentarlos. Así interpretaba mi imaginación, azuzada por la lectura de los mitos, los relatos de mi abuela.

Nuestro primer antepasado, un jefe godo, tuvo un hijo que fue

amamantado por una osa y a quien llamaron Orsino. De él descendemos. La leche de la Osa nutrió nuestra sangre. O procedemos de Caio Flavio Orso, general del emperador Constancio. Es posible. Pero la Osa, es nuestra. Nadie nos la quitará. No la hemos incorporado a nuestro escudo —el escudo de la rosa y la sierpe—, mas la hemos conservado, multiplicándola, en la pareja de osos que sostienen nuestro blasón, los soportes, como se dice en heráldica. Somos *editus Ursae*, engendrados por la Osa. Los osos que soportan nuestro escudo nos sirven de apoyo a nosotros también, como negros aliados unidos a los Orsini por un pacto inmemorial. En Bomarzo, cuando no podía dormir porque me desvelaba la congoja, y salía a caminar por los corredores que apenas iluminaba la vacilación del alba, oía unos pasos de felpa, sigilosos, como de alguien que temía hacer ruido y delatarse, y que me acompañaban en mis andanzas nocturnas. Eran los osos, los osos vigilantes de los Orsini, cuyo áspero pelaje se disimulaba en la sombra de las galerías. Me seguían con suave cautela, enormes y mudos. Me cuidaban. Nunca conseguí ver a mi secreta escolta. Alguna vez creí distinguir un fulgor de dientes, un relampaguear de zarpas. Me acerqué de un salto, pero sólo encontré penumbras polvorientas. Hace pocos días leí un poema de Victoria Sackville-West que describe idéntica sensación. En el castillo de Knole, los leopardos de sus armas iban detrás de ella —*velvet footsteps*—, como los osos de nuestro blasón (los osos y no la serpiente; los osos, los osos) marchaban detrás de mí, en Bomarzo. Hay una forma de fidelidad ultraterrena que únicamente los elegidos advierten. Yo la sentí. Yo gocé de ese extraño privilegio.

Los Massimi pretendían derivar de Q. Fabius Maximus; los Muti, de Muzio Scevola; los Cornaro, de los Cornelios; los Antinori, de Antenor, príncipe de Troya; el papa Pío II Piccolomini, quizás de los Julios; los Colonna —siempre exagerados— del propio Julio César. Era la moda de entonces, la misma moda que hacía que los patricios de esas casas mandaran esculpir sus bustos con atavíos de emperadores romanos. Todos querían proceder de alguien ilustre, ilustrísimo, cuya mención los ayudaría a pisar firme en los territorios por los cuales los antepasados que reclamaban habían andado con togas y con legiones. Nosotros tuvimos a nuestro Caio Flavio Orso, se explica, general del Imperio. Pero, como Rómulo y Remo

a su Loba, tuvimos nuestra Osa. Los osos son terribles. Yo no cambiaría nuestra Osa ni por un águila bicéfala, ni por un fénix, ni por un grifo. El Diablo se convirtió en oso para matar al papa Benedicto IX en el corazón de una selva, y eso que, según nos enseña el primitivo arte cristiano, las apariciones animales del Demonio se reducen a cuatro figuras determinadas: el león, el basilisco, el áspid y el dragón. Tuvo que transformarse en oso para degollar a un papa. El profeta Daniel mencionó a un oso entre las bestias escogidas, cuando refirió su visión de las cuatro monarquías de la Tierra. Osas también, la Mayor, la Menor, hay en el cielo. Se me perdonará mi vanidad osuna, pero considero a los osos como parientes, y me importan mucho. Después de todo, mi vanidad es disculpable, pues ella finca en una forma especial del esnobismo que nos aquejó (y exaltó) por igual a grandes y a pequeños en aquella época, y que no ha perdido su influencia sobre el mundo que evoluciona, aun en los países comunistas.

He tropezado no recuerdo dónde con una frase de Eugenio d'Ors quien, refiriéndose al Renacimiento, declara que fue un tiempo de neta vocación aristocrática, y señala que cualquier artesano, orfebre, forjador o imprentero, no descansaba hasta obtener, de las autoridades de su gremio, certificados de nobleza. Del gran Miguel Ángel mismo se aseguró que venía del linaje de los emperadores de Alemania; mi amigo Benvenuto Cellini afirmaba que descendía de un capitán de Julio César, aquel del cual resulta el nombre de Florencia; mi amigo Paracelso —de quien hablaré extensamente más adelante—, hijo de un modesto médico de Einsiedeln, juraba que llevaba en las venas la sangre de un príncipe, de quien su padre era hijo natural; Gerolamo Cardano, físico, matemático y medio hechicero, remontaba su origen a la egregia familia de los Castiglione; Ariosto, a la de los Aristei; Giuseppe Arcimboldo, prestidigitador de la pintura, inventor de «cabezas compuestas» y de alegorías manieristas, se vanagloriaba de poseer en su estirpe por lo menos a tres arzobispos, los cuales reposan juntos en una tumba de mármol, en el Duomo de Milán, y no paró hasta que Rodolfo II de Habsburgo lo hizo conde palatino. ¿Qué tiene de raro, entonces, que los Orsini insistamos en nuestro Caio Flavio Orso, en nuestra Osa nodriza y en nuestro jefe godo vencedor de los vándalos, con tanta confianza y naturalidad? Mi abuela me na-

rró esas historias desde que abrí los ojos del entendimiento, con muchas otras de nuestra alcurnia romana. Ellas han significado para mí —cumpliéndose de esa suerte la aspiración tonificante de Diana Orsini— un amparo esencial en el curso de mi vida azarosa. Los osos auxiliares, edecanes invisibles, me rondaron siempre. Me rondan todavía. Aquí les rindo, a mi abuela y a esos monstruos inmateriales y afectuosos, el tributo de mi gratitud. Con la insistencia de su orgullo, que numerosos lectores juzgarán arriesgada y desmoralizadora (particularmente las maestras de las escuelas primarias, si se encuentran entre quienes me leen), Diana Orsini suplió lo que me había negado la naturaleza: la seguridad de mí mismo, de mi propia fuerza que, faltándome, debió recurrir a otras energías, verdaderas o fantásticas, hasta dotarme de un vigor y de una fe que procedían, si no de mí, de una misteriosa cohorte, vieja como la historia de mi familia, y que confundían alrededor de mi estampa débil las corazas del tiempo de Constancio y de Teodosio II, que nos ungió príncipes, con las tiaras papales de Esteban III, de Celestino III y de Pablo I, santos ambos, y la de Nicolás III, el que soñó distribuir Italia entre sus sobrinos Orsini, y con los mantos del sinfín de reinas de nuestra casa, reinas de Polonia, de Nápoles, de Hungría, de Tesalia, de Castilla y emperatrices de Occidente, y con los blandidos espadones de los guerreros Orsini que estremecieron a Italia con el bullicio aparatoso de sus desfiles y contiendas, creando un ancho friso de siete colores que circundaba a mi timidez y a mi agotamiento, un friso en el cual sobresalían, encima de las coronas, de los cetros, de los báculos, de las banderas y de los yelmos realzados de plumas rígidas, las balanceadas estaturas de los osos negros que se erguían con suprema y atemorizante majestad.

Creo que ha llegado el momento de que aborde el tema que hasta ahora he eludido y que por principal debí tratar al comienzo de estas memorias. Me refiero al tema de mi físico. Lo revelaré en seguida, de un golpe, sin perífrasis, aunque me cueste, me duela hacerlo. Allá va: cuando nací, el Esculapio hogareño que tuvo a su cargo la tarea de facilitar mi ingreso en el mundo destacó una anomalía en mi espalda, provocada por la corvadura y desviación de mi columna vertebral hacia el lado izquierdo. Luego, al crecer y definirse mi cuerpo, se tuvo la certidumbre de que aquello era una

giba, corcova, joroba, llámesela como se la quiera llamar —ya lo he dicho, ya lo he dicho—, deformación a la cual se sumó otra, en la pierna derecha, que me obligó a arrastrarla levemente y que el Esculapio en cuestión no pudo advertir en el primer instante.

Quienes han escrito sobre mí, con áulica retórica, silenciaron esos defectos prudentemente. Si los detallo es porque ellos contribuyen a explicar mi carácter y porque se trata de algo para mí esencialísimo. Lo cierto es que en el horóscopo de Sandro Benedetto, sobre el cual planea la promesa aparentemente loca de la inmortalidad, de la vida sin término fijo, no se puntualiza, en cambio, el papel que pudo incumbir a los astros en los desórdenes de mi esqueleto maltratado. Algunos artistas restringieron su elogio a mi alma —y al hacerlo incidieron en una adulación tan absurda como los que ensalzaban disparatadamente mi cuerpo, pero por lo menos no contradijeron lo obvio— y así Aníbal Caro me ha apodado «señor bueno», y Betussi, «verdadero amigo de los hombres y de Dios», mientras que Francisco Sansovino habló de mi «honorable presencia» y, aún más, de mi «aspecto real». Claro que yo, sin declararlo abiertamente, lo habré guiado a este último a que lo hiciera. Sansovino comprendió mi urgencia de ser alabado por mi físico, que era mi punto más flaco, y procedió con elocuencia cortesana. Y no ha quedado ni un solo rastro, para el futuro, de tan palmarias y patéticas irregularidades; ni siquiera en mi maravilloso retrato por Lorenzo Lotto, el de la Academia de Venecia, una de las efigies más extraordinarias que se conocen, en la cual no figuran para nada ni mi espalda ni mis piernas, y en la que los pinceles de Magister Laurentius, cuando yo contaba veinte años, prestaron relieve a lo mejor que he tenido —ya que menciono lo malo, mencionaré lo bueno también—, mi cara pálida y fina, de agudo modelado en las aristas de los pómulos, mis grandes ojos oscuros y su expresión melancólica, mis delgadas, trémulas, sensibles manos de admirable dibujo, todo lo que hace que un crítico (que no imagina que ese personaje es el duque de Bomarzo, como no lo sospecha nadie y yo publico por primera vez) se refería a mí, sagazmente, adivinándome con una penetración psicológica asombrosa, y designándome *Desesperado del Amor*. Así me veo yo, cuando dirijo mis miradas a la reproducción de ese retrato que cuelga entre los libros, en mi escritorio —el original está lejos ¡ay! y ya no me per-

tenecerá nunca, y ningún estudioso creará mi palabra de que ése soy yo, Pier Francesco Orsini—, y descubro un romántico parentesco entre la imagen y el *Desdichado* de Gérard de Nerval, tan ajado por el consumo de los literarios glosadores: *le ténébreux, le veuf, l'inconsolé, le prince d'Aquitaine à la tour abolie*. Me encanta, todavía hoy, buscar similitud de ese tipo, posibles afinidades mías con héroes misteriosos y desventurados, con individuos «interesantes», pues, ya que no por estrictas razones físicas, dados los inconvenientes que me ha costado tanto enumerar, por otras, más sutiles —y que se vinculan también con definidos aspectos de mis rasgos y de mi apostura—, me percaté desde que empecé a andar por la vida, que debía compensar con una atracción imponderable las desventajas de mi giba y de mi pierna.

Desde muy niño, obsesionado por mi inferioridad congénita, me apliqué a disfrazarla en la medida de lo posible, ensayando ante el espejo las posturas y ángulos más propicios. Me atisbaba en el espejo que había en la cámara de mi abuela, en Roma, y me veía flotar, desmedrado, enclenque, en esa luz verdosa que titubeaba en las habitaciones del lúgubre palacio, color de los tapices, de los muebles, de los retratos y de las panoplias, una neblina irreal desgarrada en jirones transparentes, que no era de aquel tiempo sino procedía de la Edad Media, y había quedado ondulando en los aposentos en cuyos rincones se estancaba, sin lograr salir de su encierro glacial, y que nos envolvía e impregnaba a viejos y a jóvenes, contagiándonos una rara lividez. Me enderezaba, levantaba la cabeza, colocaba la mano en la cintura... En más de una ocasión, mis hermanos me sorprendieron así, y la persecución cruel de la cual me hacían objeto recrudesció entre alaridos de mofa. Mi horror a la fealdad y mi pasión por la belleza, en los humanos, en los objetos, en los juegos de la poesía, que me produjo desengaños y amargas pero le dio a mi vida un tono exaltado y cierta atormentada grandiosidad, procede de mi horror a mí mismo y del asco resultante que me causaba cualquier aberración teratológica. Cuando mi abuela —cuya beldad obró sobre mí antes de que yo captara el valor de su cariño— me hablaba de Isabel Gonzaga, duquesa de Urbino, a quien quería y admiraba singularmente, y me contaba cuánto la entretenían los enanos que formaban parte de su comitiva y con quienes travesaba en la biblioteca célebre de los Monte-

feltro —esos enanos para quienes había mandado construir, a medida, una capilla y seis habitaciones—, pensaba divertirme y sin embargo, sentado en la penumbra, junto a su lecho, yo me estremecía de repulsión.

En los sentimientos que evoco hay que rastrear las raíces de mi entusiasmo, compartido con tanta gente de la época, por los testimonios de la antigüedad clásica. En esos sentimientos también, como aclararé más tarde, se afirma la paradoja del Sacro Bosque de los Monstruos que inventé en Bomarzo. Mis contemporáneos del Renacimiento fueron hacia los nobles vestigios de las culturas anteriores, movidos por el mimetismo helénico e imperial que caracterizó a aquel tiempo; por el afán de saber y de establecer los cánones de la exacta hermosura formal que difundieron griegos y romanos; o simplemente por la ambición aristocrática de poseer obras únicas y codiciadas. Yo lo hice por razones más complejas. Quizás esperé que la proximidad de esos sobrevivientes armoniosos actuaría sobre mí como una terapéutica mágica; quizás calculé que, sumergiéndome en un mar de belleza, rodeándome de mármoles rítmicos hasta desaparecer detrás de sus entrelazadas apariencias, como en medio de un ballet inmóvil y fragmentario en el que cada cosa, la lisura de una frente, el arco de un brazo, la proporción de un pecho suscitaba emociones que aliaban a la poesía con las matemáticas, lograría olvidarme de mí mismo.

El desdén que mi padre evidenció hacia mí, desde que se convenció de su impotencia para corregir mi cuerpo contrahecho, fue tan vehemente como el amor que me demostró mi abuela. Gian Corrado Orsini no se resignaba a tener un hijo jorobado, y en lugar de contribuir a que yo olvidara mis imperfecciones, o por lo menos a que las tuviera menos presentes y sacudiera mi pesadilla, no cesaba de recordármelas y enrostrármelas, despiadadamente, con una mueca, con un rápido parpadeo, con un disgustado encoger de hombros, cuando la casualidad nos enfrentaba en uno de los salones de Bomarzo o de Roma. Por eso yo lo rehuía, por eso me alegraba tanto cuando escuchaba, en los patios de una de nuestras casas, los rumores de apresto que preludiaban su partida para una expedición guerrera. Decepcionado, irritado, ese hombre agresivo de quien se cuchicheaban en Bomarzo tantas ferocidades y sinrazones, proclamaba constantemente que él no tenía más que dos

hijos: Girolamo, el futuro duque, y Maerbale, a quien pensaba dedicar a la Iglesia, con ayuda de su suegro, el cardenal.

Debo consagrar unos párrafos especiales a mi abuelo Franciotto que, con mi abuela Diana, fue el único consanguíneo directo de esa generación a quien alcancé, pues mis otros dos abuelos murieron antes de que yo viera la luz. Franciotto Orsini había sido condotiero, como la mayoría de mis antepasados. Se había educado en Florencia, en la corte de su tío Lorenzo el Magnífico, y su contacto con ese medio refinado y esteta, si dulcificó sus maneras y le incorporó cierto dandismo palaciego que le resultó de utilidad en la atmósfera pontificia, no penetró en las regiones glaciales de su alma. Era, como mi padre, su yerno y sobrino, un insensible. En 1497 y en 1503, César Borgia lo había capturado y luego le había devuelto la libertad; en 1511 había firmado la Pax Romana con los Colonna; en 1513 peleó contra Bentivoglio. Viudo en dos oportunidades, terminó dejando la coraza por la púrpura, que su primo León X le otorgó en 1515. Desde entonces, soñó con ser papa.

Los Orsini no habíamos tenido a uno de los nuestros, en el trono de Pedro, desde que Nicolás III falleció en el siglo XIII, y nuestro prestigio lo necesitaba. Nuestras finanzas también. Mi abuelo Franciotto pensó que él era el más indicado para salvar esa falla seria, y se entregó a coronar su ambición apostólica con el mismo ahínco que había puesto en sus empresas de armas. Casi obtuvo la tiara en 1522 cuando, imprevistamente, eligieron a Adrián VI; al año siguiente, su arrogancia de gran señor romano enjugó una nueva afrenta, pues Clemente VII ascendió al solio. Nunca se consoló de esos ultrajes. ¡Postergarlo a él, hijo de Orso Orsini, llamado el Organtino, capitán que había patentizado su coraje a favor y en contra de la Iglesia, y nieto de Giacomo Orsini, condotiero de la República Serenísima y del papa Eugenio IV! ¡Y postergarlo sin ningún sentido de los escalafones mundanos y de las prerrogativas de la sangre, para beneficiar, primero, a un flamenco ridículo, de quien todo el mundo se mofaba, y luego para favorecer a un Médicis ilegítimo, a un bastardo de ese Julián de Médicis al que mi padre casi había salvado de la muerte, cuando la conspiración de los Pazzi! Era algo que el cardenal Franciotto Orsini no podía comprender, porque atentaba contra la sana lógica de su clasificación

de los valores. Su desesperación y su desencanto habían sido más agudos cuando Clemente VII, porque esa vez le habían quitado literalmente de la boca el dulce que se aprestaba a saborear. Todo fue por culpa del cardenal Pompeyo Colonna, que vetó su candidatura, oponiéndole el peso inflexible de su enorme influencia. Los Colonna se cruzaban siempre en nuestro camino. ¡Cómo hablaron mi padre y mi abuelo de los Colonna, aquella tarde!, ¡cuánto los maldijeron!

—Pero —señaló el cardenal Franciotto, apagando la voz— no creas que la pasará muy bien el que me ha arrebatado la tiara gracias a ese Colonna infernal. No lo creas. Anda por las calles un pastor andrajoso, venido de los Abruzzos, que pronostica el pronto exterminio de Roma. Y dicen que es un santo.

El soplo milagrero flotó sobre ellos un segundo. No se atrevían a pensar que lo que con la imaginación veían —la ciudad saqueada, incendiada, el pontífice fugitivo—, sería en breve una atroz certeza. Luego mi abuelo retomó el hilo del relato. Hubiera querido envenenarlo al cardenal Pompeyo, y le faltaba decisión. Así era él: un tigre en los campos de combate, y en los cónclaves una liebre. Lo envolvían, lo burlaban. Bramaba como un toro en la intimidad de nuestra casa, y regresaba a la corte pontifical, donde se esmeraba por rehacer las mallas rotas de sus intrigas. Al cabo de un tiempo volvía a nosotros, con esperanzas frescas que mi padre no compartía siempre. Disputaban hasta tarde y, cuando mi padre se había retirado, medio ebrio, el viejo cardenal reordenaba su revuelto manto, se escondía, trepidante, al amparo de la chimenea, mascullando palabras confusas, y sólo se apaciguaba al acariciar su sueño victorioso que le mostraba, en el chirrido rojo y dorado de la hoguera, la forma de una tiara que ascendía, como una cúpula basilical cubierta de piedras preciosas —el zafiro, que palidece en presencia de los impuros; la esmeralda, que se quiebra ante un acto ilícito; el coral, que fortifica el corazón; la crisolita, que cura de la melancolía; el diamante, que salva del miedo; y esa piedra sagrada, azul y verde, de los egipcios, que tiene más que ninguna un poder sobrenatural—: alhajas que relampagueaban en la fogarada crujiente, prometiéndole con sus guiños fúlgidos que Nicolás III y los santos papas de nuestra estirpe que lo habían precedido tendrían en él, en el papa Franciotto, para gloria de la casa de Orsini, un augusto sucesor.

El motivo esencial por el cual no se resolvía a abandonar sus pretensiones, es que se suponía predestinado a realizar la aspiración magna de Nicolás III Orsini, y a distribuir a Italia entre sus descendientes, como el Santo Padre proyectó repartirla entre sus sobrinos, alrededor de los estados de la Iglesia, para robustecer el poder peninsular, y eclesiástico contra las rapiñas extranjeras y también, con previsor nepotismo, para afianzar el poder exclusivo de los suyos. Ignoro si me hubiera tocado algo, en la división prevista por mi abuelo. No lo creo. Todo hubiera sido para mi padre, para Girolamo y Maerbale; quizás para los nietos de la otra rama, Francisco, el que defendió Siena, conquistó Córcega y casó con una mujer tan virtuosa que la consideraron santa; León, el millonario, el más rico de la familia; y Arrigo, el condotiero, el bandido, que cometió excesos feroces. Pero para mí no hubiera habido nada, nada. Estoy seguro. Nada para Pier Francesco, nada para el deforme, para aquel que, con su jubón y sus calzas, a pesar de la distinción de su rostro y de sus manos y a pesar de que se empinaba frente a los espejos, parecía un bufón de los Orsini, una especie de Rigolotto sin voz y sin autógrafos baritónicos.

Hasta que por fin mi abuelo se sometió a regañadientes, pues los acontecimientos lo fueron desengañando y repitiéndole que ése no era su destino, y que resultaba más fácil blandir una espada y aullar en mitad de una pelea, flotantes al viento las banderas y las barbas, que especular en el secreto sutil de los cónclaves, y trasladó su intención a los hombros y a la mente de mi hermano menor, el pequeño Maerbale.

Como antes, mi padre y el cardenal se encerraban y discutían durante horas. Yo era a la sazón tan niño, que no lo puedo recordar, pero lo he oído referir a los servidores. Luego se acercaban a Maerbale, fino y menudo, y lo arrullaban un instante en su cuna, casi con respeto, como si rozaran, en vez de sus lanas infantiles, las ropas litúrgicas del Vicario de Cristo. Pero Maerbale no fue papa tampoco, ni siquiera cardenal. Hubo que aguardar mucho tiempo, dos siglos, hasta 1724, para que un Orsini, Benedicto XIII, nos restituyera en el Vaticano la suprema jerarquía. Claro que ni Franciotto ni Gian Corrado Orsini podían adivinarlo, y conspiraban impacientes, en la soledad casera, rodeados por las cotas, los yelmos, los petos y las tizonas que conocían mejor que nadie y en los

que el fuego reanimaba, con sus caldeados pinceles, la antigua jactancia marcial de los combates cuerpo a cuerpo que ambos habían emprendido. Barajaban, en apoyo de las perspectivas de sus maniobras, los nombres de los santos y beatos de nuestra tribu, desde el obispo Orsino, los mártires Juan y Pablo y el patriarca Benedicto, hasta la reina Batilde y el cardenal Latino, aquel hijo de Mabilia Orsini que compuso para la eternidad el dramático *Dies irae, dies illa* de los responsos, agregándoles, por descontado, los nombres de los cuatro papas que hasta entonces figuraban en nuestros genealógicos pergaminos. Juzgaban inadmisibles que con esos antecedentes que se exponían el uno al otro sin cansancio, alternando las explosiones rabiosas con las fórmulas de elegante ironía que ambos habían aprendido en la corte de los Médicis, y con los antecedentes que provenían de cardenales, arzobispos, senadores, prefectos y gonfaloneros de Roma, condestables de Sicilia y grandes maestros de los Templarios y de la orden de San Juan de Jerusalén, sin descartar por cierto a nuestras reinas, tan decorativamente góticas, la tiara no llegara por los aires, como un sólido pájaro de oro y de enjorjados reflejos, a posarse sobre la débil cabeza frívola de Maerbale, omitiendo que el propio Franciotto, cardenal diácono y vicario de Stimigliano, Vianello y San Polo, no la había conseguido pese a su terca porfía y al parentesco que lo vinculaba a León X.

Habíanse formado así, en la familia, dos bandos. Por un lado estaban mi abuelo, mi padre y mis hermanos; por el otro, mi abuela y yo. Ni qué decir que el primero era el más fuerte. Disponía en su favor no sólo del número sino de la influencia. En cuanto al hostigamiento con el cual me apretaron desde mi niñez, aunque le di vueltas y vueltas al asunto, no logré comprenderlo entonces. ¿Qué representaba yo para el cardenal, para el condotiero, para Girolamo, atlético, hermoso, musculoso, petulante, obtuso, procaz y despótico; para Maerbale, embrollón, hipócrita, embustero, agraciado también, muy parecido a mí en los ojos y en el dibujo de los rasgos? ¿Qué podía importarle? ¿Por qué no me dejaban en paz, si yo con ellos no me metía y, al contrario, los esquivaba siempre, madurando en la soledad mi odio solitario? ¿Acaso el porvenir no pertenecía a quienes serían el uno duque y el otro papa o cardenal?

¿Acaso no se descontaba mi anulación; no se calculaba, por mi quebranto descaecido, que viviría poco? ¡Y qué equivocados estaban los cuatro Orsini en lo que a eso concernía, pues quién iba a sugerirles la extravagante idea inverosímil de que algún día (ahora) yo escribiría sobre ellos, en tanto que ellos estarían muertos, bien muertos, reducidos a polvo, con cuatro siglos de muerte y de olvido encima y sin nadie más que yo para recordarlos! Pero la increíble distancia de tiempo que nos separa me permite bucear con más claridad y experiencia en el dilema oscuro, y discernir algunas explicaciones. Fundamentalmente, es obvio, los ofendía mi aspecto por lo que éste entrañaba de intruso, impropio y chocante en la divina raza de los Orsini, hombres nacidos para la grandeza retórica de los monumentos ecuestres, para la pompa de los sepulcros teatrales y para inspirar el respeto y la sumisión con su sola y soberana prestancia. Entre los Orsini no hubo gibosos. Apenas si se citaba, fugazmente, la excepción de mi primo Carlotto Fausto quien, empero, se destacó en la milicia por su intrepidez. Mi padre consideraba mi distorsionada figura como una traición de lesa majestad al decoro y al señorío de la parentela. Un día, oculto detrás de un tapiz, lo oí debatir con mi abuelo el problema que mi presencia avivaba a cada instante. Gritaban como poseídos. Enrostraban la responsabilidad decadente de mi hechura a las respectivas ramas de los Orsini a las cuales pertenecían. Gian Corrado barbotó, mesándose la barba:

—Nosotros jamás hemos traído al mundo engendros como ése. Parece cosa del Demonio. O de la puerca infidelidad. Si no fuera por la veneración que merece la memoria de Clarice, pensaría que la madre de Pier Francesco me fue desleal, quién sabe con quién... con uno de esos desgraciados Gonzaga, jorobados de padre en hijo, que espantaron a Mantua con su horror de esperpentos...

Y el altercado, distraído por la remembranza de los príncipes remotos, se apaciguó mientras evocaban pormenores oídos acerca de los señores de Mantua. La giba se había adueñado de ellos por herencia maligna de Paola Malatesta. Su hijo Ludovico, el segundo marqués, había sido giboso. Lo habían sido los hermanos de éste, Alejandro, el místico, y Gian Lucido, el poeta; y luego los hijos de Ludovico, las monjas, la condesa de Gorizia, el tercer marqués,

Federico, y esa desventurada, vejada Dorotea, novia de Galeazzo Maria Sforza, que no llegó a casar con él, pues los Sforza, que aspiraban a una alianza mejor, una alianza con reyes, adujeron para postergar la boda, en el curso de cuatro años de alternativas humillantes, que podía acentuarse en Dorotea la deformación que sufrían sus hermanos y su padre. Sólo en la generación siguiente, la de los vástagos de Federico, se rompió la tradición grotesca, como si se hubiera agotado el veneno que la originaba. Esas menciones despertaron mi curiosidad ávida hacia quienes padecieron, antes de mi nacimiento, similares penurias, y más tarde, cuando pude hacerlo, me interesé por sus vidas infortunadas e hice copias de los versos compuestos por Gian Lucido Gonzaga en honor del emperador Segismundo y hasta agregué a mis colecciones, como joyeles exquisitos, las delicadas medallas que Pisanello acuñó con las efigies de la familia de Gonzaga. Una frase del cardenal Cesarini, inspirada por el juvenil poeta contrahecho, «espléndido, más que por el cuerpo, por el ingenio y las costumbres», *ingenio magis quam corpore lucens*, cantó en mis oídos como música celeste, pues se me ocurrió que me estaba dedicada, premonitoriamente, desde la bruma secular. Pero eso sucedió, como digo, mucho más tarde, en tiempos en que yo era ya duque de Bomarzo. El día en que escuché esos nombres por primera vez, no me sirvieron de alivio. Resonaron como injurias, despertando ecos vetustos en la amarilla, verdosa pesadumbre de nuestro palacio romano. El cardenal Franciotto y el condotiero Gian Corrado hablaban de los príncipes de Mantua y de sus corcovas, exagerando los ademanes violentos. Yo me escondía, ¡ay!, me mordía los puños y lloraba.

Además de mi anomalía, lo que sublevaba a mi padre y a mis hermanos era la disposición evidenciada hacia mí por mi abuela, señora cuya calidad humana no podían desconocer, por el ascendiente de que gozaba, más allá de Roma, en Milán, en Rímmini, en Mantua, en Ferrara, en Urbino, en Nápoles, donde la halagaban amistades ilustres. Su reacción —me refiero en este momento concretamente a Girolamo y a Maerbale— se tradujo, ya que no en expresiones de desaire frente a Diana Orsini, pues no se hubieran atrevido a tanto, en una suerte de indulgencia mordaz, como si entendieran que el cariño que mi abuela exhibía por mí venía a ser una forma harto agravante de la conmisericordia. Y poco a poco

—si bien, como ya he dicho no osaron todavía hacerlo público— su sentimiento se transformó en algo parecido al rencor y también a los celos, suscitado por la noble señora que no sólo no compartía sus actitudes crueles, sino adoptó una posición opuesta que era, por su generosa ternura, la que correspondía, y la aborrecieron en secreto, la aborrecieron como ellos sabían aborrecer, ejemplarmente.

Por último, para terminar con este análisis amargo, anotaré que se me ocurre ahora que si mi padre, mi abuelo, Girolamo y Maerbale procedieron conmigo con tan encarnizada perversidad, fue porque acaso captaron desde el comienzo que yo era distinto en esencia —distinto por torpes razones físicas, pero además por otras mucho más altas, complejas e inaccesibles— al grupo hermoso y ceñudo que formaban. Quizás había en torno de mí algo, un aire, un aura, una vibración que no se puede alcanzar ni explicar y que flota, como un anuncio mágico, alrededor de los elegidos, y presintieron, perplejos pero sin darse cuenta del origen de la turbia desazón que experimentaban, que yo, Pier Francesco —Pier Francesco, el niño bufón, el diminuto Vicino, como me llamaba mi abuela, en recuerdo de su bisabuelo Vicino Orsini, primer señor de Bomarzo—, estaba señalado y reservado por la fatalidad para un destino incomparable, infinitamente superior, por insólito, al que gobernaba sus vidas triviales de pequeños aristócratas. Eso, porque no lo comprendían (y nadie hubiera podido comprenderlo) debió agriar su encono que se manifestó por medio de un acosamiento al que tal vez se unía, pese a su aparente desenfado brutal, cierto misterioso temor. Ojalá haya intervenido ese ingrediente secreto —el miedo— en la cotidiana lucha que ensombreció mi infancia. Ojalá sea así, porque ello me aseguraría, póstumamente, que aun entonces, aun cuando mi padre me despreciaba, me golpeaba Girolamo, y Maerbale, el cínico, remedaba mi andar y mi traza, hundiendo la cabeza en el pecho y arrastrando una pierna, yo era el más fuerte de todos, el triunfador enigmático, espléndido, si no por el cuerpo, merced al ingenio, como el hijo encantador de Gian Francesco Gonzaga y Paola Malatesta, más espléndido que él, sin duda, pues su crédito finca en la admiración del emperador Segismundo, del sabio Vittorino da Feltre y del cardenal Cesarini, mientras que yo escapo de los repetidos moldes humanos, los rompo, y ni siquiera Pisanello hubiera sido capaz de modelar una medalla digna de mí,

de mi enorme victoria y de mi enorme derrota, aunque su cincel impar multiplicara las alegorías de astros y de unicornios.

Lo más doloroso de todo lo que voy exponiendo como una materia vergonzosa y vil, es que yo los hubiera querido, yo los hubiera adorado a Maerbale y a Girolamo, como adoré a mi abuela. Hubiera adorado al cardenal y al condotiero. Los necesitaba; los necesitaba terriblemente, como necesitaba de los osos invisibles que me protegían en Bomarzo durante mis caminatas nocturnas. Pero me rechazaron, me humillaron. Y el resentimiento creció dentro de mí como una planta negra nutrida con hiel. Gerolamo Cardano apunta en las páginas de *De Subtilitate*, que los jorobados son los más viciosos de los hombres, porque el error de la naturaleza envuelve su corazón. No es cierto. A mí me atacaron y me defendí. Me odiaron y odié. Pero ansié delirantemente, hasta las lágrimas, que me amaran.

Suprimiré el relato prolijo de las miserias que acompañaron mi niñez, en medio de las cuales mi abuela resplandece como una lámpara portentosa. Hay, sin embargo, un episodio que no debo callar, porque sus imágenes me angustian todavía hoy, como si viviera nuevamente ese momento atroz mientras escribo en la quietud de mi biblioteca, frente a la reproducción del retrato de Lorenzo Lotto, y siento que la sangre me arde en las mejillas, lo mismo que hace tantos, tantos años, y que el corazón me late, ansioso, como me latía, exasperadamente, esa mañana, en Bomarzo, cuando yo contaba once años apenas.

A mis hermanos les encantaba disfrazarse. En ése como en otros aspectos, eran muy italianos. A mí también me gustaba, pero no me atrevía a hacerlo, por temor de acentuar lo ridículo de mi facha. Girolamo había desclavado de las panoplias algunas piezas de armaduras —unas manoplas, una rodela, un casco de los denominados borgoñotas, una espada, una gola decorada con ataujías— y, vistiéndolas y ciñéndolas, daba grandes pasos y lanzaba voces roncadas, como si fuera uno de los condotieros de nuestra estirpe, el condotiero que aspiraba a ser. Su estatura y su vigor, excepcionales para sus quince años, le permitían pavonearse así, a pesar de la carga de hierro. En cambio Maerbale, que tenía diez años, se había improvisado un manto de cardenal con un raído género púrpura;

se había colgado del cuello la cruz bizantina que le había regalado nuestro abuelo y, con el don mímico que lo caracterizaba, se divertía imitando al cardenal Franciotto y distribuía a diestro y siniestro exageradas bendiciones, a las que añadía unos macarrónicos latines, muy distintos de los que nos enseñaba porfiadamente nuestro preceptor, Messer Pandolfo.

Estaban en uno de los desvanes del castillo de Bomarzo que, a falta de otra función, servían como depósitos, y a los que sólo nosotros entrábamos, de tarde en tarde, tan inmenso era aquel edificio medieval. Habían abierto una ventana, forzándola, y una fina columna de sol, en la que bailaban innumerables partículas de polvo, se había deslizado por ella, plantándose diagonalmente en un ángulo del aposento. Yo andaba por las estancias vecinas, y cuando me advirtieron me llamaron para que admirara sus atuendos respectivos. Tanta opulencia requería público y sólo yo podía procurárselo. Acudí, pensando que más valía hacerlo por las buenas, pues me obligarían a obedecer.

Recuerdo el intenso olor a humedad y cierto tufo acre, a ratones, a cosas encerradas, que impregnaba el desván. Recuerdo perfectamente el rayo de sol que lo cruzaba con su columna trémula y, esparcido en el suelo o desparramado sobre los arcones, un desorden de vestiduras que mezclaban sus manchas de color. En aquellos cofres se guardaban los ropajes que habían pertenecido a las dos mujeres de mi padre: Lucrecia del Anguillara y Clarice Orsini, y también viejos trajes y adornos de nuestra abuela. Girolamo había arrancado los herrajes de las maderas carcomidas, seguro de la impunidad que le prometía la certeza de que, durante mucho tiempo, ningún criado aparecería por la abandonada buhardilla. Telas acuchilladas, que arrojaban las entrañas por las aberturas de las mangas, yacían doquier, entre fabulosos birretes, plumas rotas o deslucidas, piezas de seda, de terciopelo y adamascadas y brocados de plata y oro de aquellos que los mercaderes de Italia, establecidos en Nuremberg, vendían a los alemanes. Algunas alhajas de escaso valor, prendidas a los retazos de género, titilaban aquí y allá con metales y piedras, entre los tabardos, las guarniciones, los bordados con emblemas, los encajes, las arrugadas golillas, las cofias y los velos, que se sumaban en el anárquico trastorno a la envarada rigidez de los vestidos. Mi placer estético, ya muy alerta, triunfó

sobre el temor que me causaba siempre la cercanía de mis hermanos, y por unos segundos gocé del quimérico espectáculo que me ofrecía la confusión de elementos, en los que los testimonios de la moda veneciana ponían imprevistos toques orientales, embarullando los rojos, los amarantos, los violáceos y los tonos del limón, el nácar y la aceituna, que atravesaban franjas coruscantes de hilos áureos, y que la mugre del desván y la saña de los lustros y de la polilla convertían en atavíos para espectros.

Poco duró mi gusto. En seguida, imperioso, Girolamo me retrajo a la realidad, entrechocando el hierro de las manoplas.

—Tú también te pondrás una máscara —ordenó—. Serás el bufón de los Orsini.

Maerbale soltó una risa aguda, sacó la lengua y me bendijo.

En vano traté de resistirme. Entre los dos, Girolamo meneándose acompasadamente, como un buzo a quien embota su escafandra, y Maerbale pisoteando la cola púrpura que estorbaba sus brincos, me encasquetaron un birrete chato, del cual pendía una guirnalda sucia; me tiraron sobre los hombros un tabardo chillón, mitad naranja y mitad azul, sobándome la espalda mientras lo hacían, a pesar de mis convulsiones y manoteos, y me anudaron los dedos en torno de un bastón que era casi un báculo.

—El bufón de los Orsini —decretó Girolamo— divertirá al duque y al cardenal.

Se acomodaron sobre un arca, acentuando la solemnidad, y yo vacilé, solo, en el centro del aposento, sintiéndome pavorosamente desamparado con mis ropas grotescas. ¿Qué hacer? ¿Gritar? No me hubiera oído nadie, dentro de la vastedad del castillo. Mi abuela estaba lejos. Permanecí inmóvil, aguardando; podían matarme —juré, sin mover los labios, que podían matarme— pero no me transformaría en el hazmerreír de mis verdugos. Girolamo se impacientó. Se desembarazó del casco, de los guantes, de las mohosas piezas de armadura, que cayeron con estrépito en torno, y entonces me percaté, con sorpresa, de que estaba casi desnudo, como un gladiador adolescente. Maerbale hizo repiquetear de nuevo el histérico cascabel de su risa. Dibujó con la diestra una cruz en el aire y pronunció, gangoso:

—*Postquam prima quies epulis mensaeque remotae crateras magnos statuos et vina coronant.*